

PALABRAS DE DON SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO EN LA INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN «SALES Y FERRÉ Y SU ÉPOCA»

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas,
Mgfc. y Excmo. Sr. Rector de la Universidad Complutense de Madrid,
Sr. Representante de la Generalidad de Cataluña,
Sr. Alcalde de Ulldecona,
Sras. y Sres.:

Con este acto se abre la última actividad organizada por la comisión para celebrar el centenario de la primera Cátedra de Sociología, que he tenido el honor de presidir. Permítaseme recordar brevemente en qué han consistido las anteriores y cuáles han sido sus resultados. En primer lugar, se desarrolló un ciclo de quince conferencias y tres Mesas redondas en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, gracias a la generosidad de la Universidad y de la Facultad, que se va a materializar en un libro que ya está en imprenta.

En segundo lugar hubo una reunión internacional sobre la institucionalización de la sociología en el mundo a finales del siglo XIX, cuando España se puso a la cabeza del resto de las naciones que en unos pocos años, los que van de 1870 a 1915, como ha mostrado el reciente libro de Mucchielli sobre Francia, pensaron que la existencia de estudios de sociología bien organizados favorecería el desarrollo de las sociedades industriales de entonces. Nuestro libro se publicará en una versión española, que está ya en imprenta y en la *Revista Internacional de Sociología* en versión multilingüe.

En tercer lugar, en noviembre de 1999 celebramos en Valencia, gracias al patrocinio de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, un curso dedicado a la historia de la sociología española, compuesto por doce ponencias, que también verá la luz como libro y que creo que constituirá una aportación importante y bastante completa a la historia de la sociología española.

Esta última actividad consiste en una exposición, modesta como fue la persona, pero clarificadora de su obra, de sus trabajos, y de las tareas de la vida de Don Manuel Sales y Ferré. Ha sido realizada gracias a los buenos oficios de los Catedráticos Manuel Núñez Encabo y José Enrique Rodríguez Ibáñez, nombrados Comisarios.

Éste era el programa que se ha cumplido, pero el recuerdo de nuestros orígenes no supone olvidar que la sociología española se ha desarrollado sobre todo durante la segunda mitad del siglo xx, porque después de las segundas oposiciones a la misma Cátedra de Sociología que se celebraron en 1916, no tuvimos un nuevo Catedrático hasta 1954. A diferencia de lo que sucedió con la economía y con la psicología, nosotros no hemos tenido una única institucionalización de la sociología sino tres, por falta de arraigo de las dos primeras. Desgraciadamente, Don Manuel Sales y Ferré dejó pocos discípulos, ya que su predilecto, Domingo Barnés, que fue Ministro de Educación de la República, tuvo que exiliarse y no pudo formar escuela aunque, en honor de la verdad, hay que decir que abandonó la sociología por la pedagogía ya durante la etapa anterior a la República. Hoy, en cambio, la sociología ha echado raíces, somos ya setenta y siete los catedráticos en este momento y hay medio millar de profesores titulares en la Universidad.

Pero ahora, cuando se apaga la conmemoración de la Generación del 98, conviene que no pase sin comentario que, en ninguna de sus actividades se han celebrado, ni casi se han mencionado, nombres de científicos sociales, de físicos, de matemáticos, de botánicos, que existieron y se consagraron, ahincadamente, a reanimar el cuerpo exangüe de España mediante la investigación. Entre ellos ocupa un lugar destacado Don Manuel Sales y Ferré, que en 1889 publicó su obra *Estudios de Sociología, evolución social y política*, antes de ganar mediante concurso la primera Cátedra de esta materia que hubo en España y la segunda que hubo en el mundo. Sin duda, algún o algunos gobernantes ilustrados dieron en pensar, por aquel entonces, que para reformar nuestra postrada, quebrantada y desmoralizada sociedad, era antes preciso estudiarla con rigor y planificar lo más científicamente posible su regeneración. El hombre elegido para ello nunca acopió otros méritos que los universitarios, ya que *rara avis*, en su época y en otras posteriores, rechazó la propuesta de entrar en política como senador.

En su tiempo se abre y ahonda en España la crisis finisecular del reformismo ilustrado que, de haber triunfado, nos habría puesto a la altura de otros países donde el capitalismo sirvió para modernizar las estructuras, encauzar las legítimas aspiraciones de importantes sectores ciudadanos y estabilizar la vida política. El diagnóstico más certero de aquella situación lo hicieron los krausistas, que consideraban que los tres enemigos del progreso nacional eran entonces, según Araquistain, el Estado en clara degradación al finalizar el reinado de Isabel II, la Iglesia anquilosada e intolerante de la época y una sociedad apática y desdeñosa de la marcha del mundo. Por otro lado, y como consignó elocuentemente Valentí Camp, la labor intelectual era poco fructífera, dada la imposibilidad de hacerla llegar a las bases sociales. «Casos como los de Costa y Cajal, escribió él, se han repetido, por desgracia, no pocas veces. Laureano Calderón, Ignacio Bolívar, Blas

Lázaro, Sales y Ferré, etc., han sido víctimas de la ausencia de interés de nuestro público por los problemas que plantean la ciencia y la filosofía contemporáneas».

Al dotarse la primera cátedra de sociología, el Rector de la Universidad Central era Don Francisco Fernández y González, alumno de Sanz del Río como Sales y Ferré. Éste había permanecido en Sevilla desde 1875 y había desarrollado una magnífica labor en la Universidad y en el Ateneo hispalense. Fue allí gran amigo y colaborador del krausista ortodoxo Don Federico de Castro, con el que rompió al evolucionar hacia el krausopositivismo crítico a partir del debate que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid en el curso 1875-1876 sobre el positivismo, que enfrentó a la izquierda democrática liberal con una derecha constituida a base de krausistas ortodoxos, hegelianos y eclécticos. En la cátedra de Historia de Sales y Ferré tuvo su origen en 1887 el Ateneo y Sociedad de excursionistas de Sevilla, un centro que pronto adquirió mucho prestigio, abiertamente positivista y con la aspiración de ser ideológicamente neutral.

Entre 1895 y 1897 publicó su famoso *Tratado de Sociología: Evolución social y política*, en tres gruesos volúmenes, que fue muy bien recibido por la crítica extranjera y bastante mal por el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* y por la *España Moderna*, acusándole esta última revista de precipitación en las inducciones y en la afirmación de las leyes que ponen de manifiesto los hechos.

Lo cierto es que esta obra le abrió el paso a la cátedra de la Universidad Central en la que enseñó hasta su fallecimiento en 1910 y donde fundó, en 1901, un Instituto de Sociología del que apenas queda rastro. En 1900 fue nombrado Vicesecretario del Instituto Internacional de Sociología, entonces la principal organización internacional de la nueva disciplina y en 1907 ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con la lectura de un discurso sobre los nuevos fundamentos de la moral. Sus escritos sobre el problema de España y la decadencia nacional son numerosos y se concentran en los años que van de 1901 a 1910. Entre ellos se cuentan: «La política española en la educación nacional», «Causas de nuestra decadencia», «Psicología del pueblo español», «De la civilización y su medida», «Horas críticas de España» y «Los partidos políticos españoles». Su obra *Problemas sociales*, se publicó a los diez días de su muerte y su importante *Sociología general* fue editada también póstumamente por su discípulo Domingo Barnés en 1911.

Hoy estamos muy lejos de aquella España del desastre, de la Sociología del siglo XIX y hasta del propio Sales y Ferré y su positivismo histórico, pero en su personalidad hay rasgos que merecen nuestro respeto y admiración. Fue un científico sólido y muy bien valorado, que ha merecido el reconocimiento posterior de

protagonistas de nuestra disciplina tan distintos como Gómez Arboleya y Francisco Ayala y es justo que le recordemos en ésta que fue su Academia. A él, a los mencionados y a todos nosotros nos une el deseo de mejorar nuestro país y el afán de cultivar la sociología a la altura de nuestro tiempo como él hizo en el suyo. Y, para que sus palabras resuenen nuevamente en la Academia, voy a leer como colofón un breve comentario suyo sobre los partidos políticos de la época. Nada más que uno, aunque había seleccionado más, que también están en línea con la revisión que estos años han venido haciendo los liberales sobre lo que fue la Restauración y algunas de sus equivocaciones, tanto por la derecha como por la izquierda.

«Nuestros actuales partidos monárquicos, escribió él en *Horas críticas de España*, se formaron a raíz de la Restauración con el fin espontáneo o reflexivo de fundar una monarquía democrática. Cumplieron a maravilla su cometido, habiendo sido su último acto el establecimiento del sufragio universal. Entonces, cumplido su fin, debieron o renovarse proponiéndose nuevos empeños en armonía con las nuevas necesidades, cuando menos la práctica sincera de las leyes votadas por ellos mismos hasta transformarlas en costumbre, o retirarse cediendo el puesto a otros partidos con nuevas orientaciones. Faltóles plasticidad para lo primero, virtud para lo segundo, y siguieron en sus puestos, mas no como partidos sino como agrupaciones personales que monopolizaron el poder para gozarlo en amigable turno, infringiendo al efecto leyes, perturbando el orden y desmoralizando al pueblo. Así prepararon nuestra caída. La agrupación liberal dejó de ser reformista, la conservadora perdió el tono de templanza y el ambiente de cultura de que la dotara Don Antonio Cánovas del Castillo, los republicanos se inutilizaron primero por las divisiones de sus jefes y luego por haberse inmovilizado en su programa de 1874 y en el procedimiento revolucionario, mostrándose no menos incapaces que los monárquicos para asimilarse las nuevas transformaciones sociales. Lo dicho basta para convencerse de que el Estado español carece de órganos de gobierno, no siéndolo los que se dicen tales sino restos más o menos debilitados de los que lo fueron, orientados hacia lo pasado y con las espaldas vueltas a lo presente y a lo futuro».

Nada más y muchas gracias.